

CAPÍTULO XIII

Movimiento de los ejércitos en agosto y septiembre de 1793. — Cerco de Lyon por el ejército de la Convención. — Traición de Tolón, que se entrega á los ingleses. — Derrota de cuarenta mil vendeanos en Luçon. — Plan general de campaña contra la Vendée. — Divisiones de los generales republicanos en este teatro de la guerra. — Operaciones militares en el Norte. — Victoria de Hond-schoote. — Alegría universal que causó en Francia. — Nuevos reverses. — Derrotas en Menín, Pirmasens, Perpiñán y Corón en la Vendée. — Retirada de Canclaux sobre Nantes. — Ataque contra el comité de salvación pública. — Establecimiento del *gobierno revolucionario*. — Decreto organizando un ejército revolucionario de seis mil hombres. — Ley de sospechosos. — Concentración del poder dictatorial en el comité de salvación pública. — Proceso de Custine: su condena y su suplicio. — Decreto de acusación contra los girondinos. — Arresto de setenta y tres individuos de la Convención.

Después de la retirada de los franceses del campamento de César al de Gavrelle, los aliados hubieran debido seguir persiguiendo á un ejército desmoralizado, que siempre tuvo mala suerte desde el principio de la campaña. En el mes de marzo, en efecto, batido en Aquisgrán y en Neerwinden, perdió ya la Flandes holandesa, Bélgica, los campamentos de Famars y de César, y las plazas de Condé y Valenciennes. Uno de sus generales se había pasado al enemigo; el otro murió; y desde la batalla de Jemmapes, sólo había hecho retiradas, muy meritorias en verdad, pero nada lisonjeras. Sin concebir siquiera el proyecto, demasiado audaz, de marchar directamente sobre París, los coligados podían destruir aquel núcleo de ejército, y entonces quedaban libres de tomar todas las plazas que conviniese á su egoísmo ocupar; pero tan pronto como fué tomado Valenciennes, los ingleses exigieron el sitio de Dunkerque en virtud de los convenios hechos en Amberes. Entonces, mientras que el príncipe de Coburgo, permaneciendo en los alrededores de su campamento de Herin, entre el Escarpa y el Escalda, creía ocupar á los franceses, y pensaba todavía en tomar á Quesnoy, el duque de York, marchando con el ejército inglés y hannoveriano por Orchies, Menín, Dixmude y Furnes, fué á establecerse ante Dunkerque, entre el Langmoor y el mar. Los dos sitios que aún debían efectuarse nos daban un poco de tregua. Houchard, enviado á Gavrelle, reunió apresuradamente todas las fuerzas disponibles para volar en auxilio de Dunkerque. Cerrar á los ingleses un puerto en el continente, batir individualmente á nuestros mayores enemigos, privarles de toda ventaja en esta guerra, y facilitar nuevas armas á la oposición inglesa contra Pitt, eran las razones por las cuales se consideraba á Dunkerque como el punto más importante de todo el teatro de la guerra. «La salvación de la república está allí», escribía á Houchard el comité de salvación pública; y Carnot, comprendiendo perfectamente que las tropas reunidas contra la frontera del Norte y la del Rhin, es decir, en el Mosela, eran inútiles, consiguió que se mandara sacar de ellas un refuerzo para enviarle á Flandes. Así transcurrieron veinte ó veinticinco días en preparativos, dilación muy conveniente para los franceses, que debían reunir sus tropas dispersas á grandes distancias; pero inconcebible por parte

de los ingleses, que sólo necesitaban hacer cuatro ó cinco marchas para llegar á los muros de Dunkerque.

Hemos dejado á nuestros dos ejércitos del Mosela y del Rhin tratando de avanzar, aunque demasiado tarde, hacia Maguncia, y sin impedir la toma de esta plaza, después de lo cual se replegaron sobre Saarbruch, Hornbach y Wissemburgo. Es preciso dar una idea del teatro de la guerra para que se comprendan estos diversos movimientos. La frontera francesa está asaz singularmente recortada al Norte y al Este; el Escalda, el Mosa, el Mosela, la cadena de los Vosgos y el Rhin se corren hacia el Norte formando líneas casi paralelas; el Rhin llega á la extremidad de los Vosgos, da la vuelta súbitamente, deja de correr en sentido paralelo á estas líneas, las termina contorneando el pie de los Vosgos, y recibe en su curso al Mosela y al Mosa. Los coligados, que estaban en la frontera del Norte, avanzaron entre el Escalda y el Mosa; entre este último río y el Mosela no pudieron adelantar gran cosa, porque el reducido cuerpo de ejército que dejaron entre Luxemburgo y Tréveris no tenía fuerza para intentar cosa alguna; pero podían progresar más entre el Mosela y el Rhin. Ya se ha visto que estaban dominando los Vosgos por la vertiente oriental y la occidental; y el plan que debían seguir, como ya indicamos anteriormente, era sumamente sencillo. Considerando la arista de los Vosgos como un río, cuyos pasos era preciso cortar, se podía conducir todas las fuerzas á una orilla, agobiar al enemigo en un lado, y hacer después lo mismo en el otro. Ni á los franceses ni á los coligados se les ocurrió esta idea, y desde la toma de Maguncia, los prusianos, situados en la vertiente occidental, daban frente al ejército del Rhin. Estábamos retirados en las famosas líneas de Wissemburgo; el ejército del Mosela, en número de veinte mil hombres, se había apostado en Saarbruck, sobre el Sarre; y el cuerpo de los Vosgos, compuesto de doce mil hombres, hallábase en Hornbach y Ketrück, uniéndose en las montañas con la extrema izquierda del ejército del Rhin. Este último, en número de veinte mil hombres, guardaba el Láuter desde Wissemburgo á Lauterburgo. Tales son las líneas de Wissemburgo; el Sarre corre desde los Vosgos al Mosela, el Láuter desde los Vosgos al Rhin, y ambos forman una sola línea, que cortan casi perpendicularmente los

Vosgos, el Mosela y el Rhin. Se podía ser dueño de ella ocupando á Saarbruck, Hornbach, Ketrück, Wissemburgo y Lauterburgo. Esto es lo que habíamos hecho, y no teníamos apenas más de sesenta mil hombres en esta frontera, porque fué necesario enviar auxilios á Houchard. Los prusianos emplearon dos meses para acercarse á nosotros, y al fin se dirigieron á Pirmasens.

Reforzados por cuarenta mil hombres que acababan de llevar á cabo el sitio de Maguncia, y reunidos con los austriacos, hubieran podido agobiarlos en una ú otra de las dos vertientes; pero reinaba la desunión entre Prusia y Austria á consecuencia de la repartición de Polonia. Federico Guillermo, que aún se hallaba en el campamento de los Vosgos, no secundaba el impaciente ardimiento de Wurmser; este último, dominado por su fogosidad, á pesar de sus años, hacia diariamente nuevas tentativas sobre las líneas de Wissemburgo; pero sus ataques parciales no daban más resultado que el de hacer matar hombres inútilmente. Tal era todavía el estado de cosas en el Rhin durante los primeros días de septiembre.

En el Mediodía se habían desarrollado completamente los acontecimientos. La prolongada incertidumbre de los lioneses concluyó al fin por una resistencia declarada, y el sitio de esta ciudad llegó á ser inevitable. Ya se ha visto que ofrecían someterse y reconocer la Constitución, pero sin avenirse á obedecer los decretos en que se les prevenía enviar á París los patriotas detenidos y disolver la nueva autoridad seccionaria; y bien pronto infringieron las órdenes de la manera más ruidosa, enviando á Chaliér y á Riard al cadalso, haciendo diariamente preparativos de guerra, apoderándose de los fondos de las cajas y deteniendo los convoyes destinados para los ejércitos. Muchos partidarios de la emigración, que se habían introducido entre los lioneses, les atemorizaban con el restablecimiento de la antigua municipalidad montañesa, lisonjeándoles por otra parte con la llegada de los marselleses, que, según decían, remontaban el Ródano, y con la marcha de los piemonteses, que iban á desembocar en los Alpes con setenta mil hombres. Aunque los lioneses, francamente federales, profesaban igual odio á los extranjeros y á los emigrados, la Montaña y la antigua municipalidad les causaban tal temor, que estaban dispuestos á exponerse más bien al peligro y al baldón de la alianza extranjera, que á las venganzas de la Convención.

El Saona, que se desliza entre el Jura y la Costa de Oro, y el Ródano, que viene del Valais, corriendo entre el Jura y los Alpes, se reúnen en Lyon, hallándose esta rica ciudad situada en su confluencia. Remontando el Saona por la parte de Macón, el país era enteramente republicano, y los diputados Laporte y Reverchón, habiendo reunido algunos miles de voluntarios, cortaban la comunicación con el Jura. Dubois-Crancé, con la reserva del ejército de Saboya, venía por el lado de los Alpes y guardaba el curso regular del Ródano; pero los lioneses eran completamente dueños del curso inferior del río y de su orilla derecha, hasta las montañas de Auvernia; dominaban en todo el Forez, y hacían frecuentes incursiones, abasteciéndose de armas en Saint-Etienne. Un hábil ingeniero levantó alrededor de su ciudad excelentes fortificaciones, y un extranjero les

fundió cañones para muralla. La población se había dividido en dos partes: los jóvenes seguían al comandante Precy en sus excursiones; los hombres casados y los padres de familia guardaban la ciudad y sus atrincheramientos. Por último, el 8 de agosto, Dubois-Crancé, que había apaciguado el motín federalista de Grenoble, se dispuso á marchar contra Lyon, en cumplimiento de la orden que le prevenía obligara á la obediencia á esta ciudad rebelde. El ejército de los Alpes se componía, cuando más, de veinticinco mil hombres, y bien pronto iba á tener á su alcance á los piemonteses, que aprovechando al fin el mes de agosto, preparábanse á desembarcar por la gran cadena. Este ejército acababa de debilitarse, como hemos visto, por haberse enviado dos brigadas á otros puntos, una á reforzar el ejército de Italia y la otra á reducir á los marselleses. Puy-de-Dome, que debía facilitar sus reclutas, los había guardado para sofocar la revolución de Lozere, de que ya hemos hablado. Houchard conservaba la legión del Rhin, que estaba destinada para los Alpes, y el ministro prometía de continuo un refuerzo de mil caballos, que no llegaban. Sin embargo, Dubois-Crancé destacó cinco mil hombres de tropas regulares, agregando siete ú ocho mil voluntarios jóvenes, y con estas fuerzas fué á colocarse entre el Saona y el Ródano, de suerte que ocupaba el curso superior. De esta manera privaba á los lioneses de los víveres que les llegaban por agua, conservaba sus comunicaciones con el ejército de los Alpes, y podía interceptar las de los sitiados con Suiza y Saboya. Por estas disposiciones dejaba siempre el Forez en poder de los lioneses, y sobre todo las importantes alturas de Fourviers; pero su situación lo requería así. Lo esencial era ocupar los dos ríos y aislar á Lyon de la Suiza y el Piemonte. Para completar el bloqueo, Dubois-Crancé esperaba las nuevas fuerzas que le habían sido prometidas y el material de sitio que era preciso sacar de nuestras plazas de los Alpes: el transporte de este material requería cinco mil caballos.

El 8 de agosto hizo su intimación á la ciudad, imponiendo por condiciones el desarme completo de todos los ciudadanos, la retirada de cada uno de ellos á sus casas, la entrega del arsenal y la formación de un ayuntamiento interino. Sin embargo, en aquel momento, los emigrados ocultos en la comisión y en el estado mayor continuaban engañando á los lioneses, atemorizándoles con la vuelta de la municipalidad montañesa, y diciéndoles que sesenta mil piemonteses iban á presentarse á la vista de la ciudad. Un encuentro que hubo entre las avanzadas, y que se decidió en favor de los lioneses, les exaltó en el más alto grado, determinando su resistencia y sus desgracias. Dubois-Crancé abrió el fuego por la parte de la Cruz Roja, entre los dos ríos, donde había tomado posición, y desde el primer día ocasionó su artillería grandes estragos. De este modo, una de nuestras más importantes ciudades fabriles veíase reducida á los horrores del bombardeo, y debíamos efectuar éste en presencia de los piemonteses que iban á bajar de los Alpes.

Entretanto, Carteaux había marchado sobre Marsella, franqueando el Durance en el mes de agosto. Los marselleses se habían retirado desde Aix á su ciudad, formando el proyecto de defender los desfiladeros de Septemes, á través de los cuales pasa el camino de Aix

á Marsella. El 24, el general Doppet los atacó con la vanguardia de Carteaux; el combate fué bastante reñido; pero una sección que había hecho siempre oposición á las otras se pasó á los republicanos, decidiendo la victoria en su favor. Los desfiladeros fueron ocupados, y el 25 entró Carteaux en Marsella con su reducido ejército.

Este suceso decidió otro, el más funesto que hasta entonces había afligido á la república. La ciudad de Tolón, que siempre pareció animada del más violento republicanismo, mientras se mantuvo allí el ayuntamiento, mudó de espíritu bajo la nueva autoridad de las secciones, é iba á cambiar bien pronto de dominación. Los jacobinos, reunidos en la municipalidad, habían desencadenado sus iras contra los oficiales aristócratas de la marina; no cesaban de quejarse de la lentitud con que se hacían las reparaciones en la escuadra, de la morosidad que reinaba en el puerto, y pedían á gritos el castigo de los oficiales, á quienes atribuían el mal resultado de la expedición de Cerdeña. Los republicanos moderados contestaban allí, como en todas partes, que únicamente los antiguos oficiales eran capaces de mandar las escuadras; que los buques no se podían reparar tan prontamente; que hacerlos salir contra las flotas española é inglesa reunidas sería una imprudencia; y por último, que los oficiales contra quienes se pedía castigo no eran traidores, sino guerreros con mala suerte. Los moderados triunfaron en las secciones, y acto continuo introdujéronse en Tolón muchos agentes secretos que intrigaban por cuenta de los emigrados y de los ingleses, y condujeron á los habitantes mucho más lejos de lo que deseaban ir. Estos agentes, comunicándose con el almirante Hood, se habían asegurado de que las flotas coligadas se hallarían próximas y dispuestas á presentarse á la primera señal. Por lo pronto, y á semejanza de los lioneses, hicieron juzgar y condenar á muerte al presidente del club jacobino, llamado Sevestre; después restablecieron el culto de los sacerdotes refractarios, y mandaron desenterrar y conducir en triunfo las osamentas de algunos infelices que perecieron en los disturbios por la causa realista. Habiendo mandado el comité de salvación pública á la escuadra que detuviese los buques destinados á Marsella, á fin de destruir esta ciudad, no permitieron que se ejecutase la orden, é hicieron después mérito de ello en las secciones de Marsella. Luego comenzaron á hablar de los peligros á que se estaba expuesto resistiendo á la Convención, de la necesidad de asegurarse un auxilio contra sus furiosos, y de la posibilidad de obtener el de los ingleses, proclamando á Luis XVII. El ordenador de la marina, según parece, era el principal instrumento de la conspiración; acaparaba el dinero de las cajas; enviaba á buscar los fondos por mar hasta el departamento del Herault, y escribía á Ginebra para que retuviesen las subsistencias y hacer así más crítica la situación de Tolón. Habíanse cambiado los estados mayores, sacando de la prisión á un oficial de marina comprometido en la expedición de Cerdeña, para darle el mando de la plaza; se puso á la cabeza de la guardia nacional á un antiguo guardia de corps, y se confiaron los fuertes á emigrados que habían vuelto á entrar, asegurándose, en fin, del almirante Trogoff, extranjero á quien Francia había colmado de favores. Entablóse una negociación con el almirante

Hood bajo el pretexto de un canje de prisioneros, y en el momento en que Carteaux acababa de entrar en Marsella, en que el terror había llegado á su colmo en Tolón, y en que ocho ó diez mil provenzales, los más contrarrevolucionarios del país, acababan de refugiarse allí, se osó hacer á las secciones la vergonzosa proposición de recibir á los ingleses, que tomarían la plaza en depósito en nombre de Luis XVII. Indignada la marina, envió una diputación á las secciones para oponerse á la infamia que se preparaba; pero los contrarrevolucionarios toloneses y marseleses, más audaces que nunca, rechazaron las reclamaciones de la marina, haciendo que se aceptase la proposición el 29 de agosto. Al punto se dió la señal á los ingleses: el almirante Trogoff, poniéndose á la cabeza de los que querían entregar el puerto, llamó á sí á la escuadra, enarbolando bandera blanca; el bravo contraalmirante San Julián, declarando á Trogoff traidor, izó á bordo el pabellón de mando y quiso reunir á la fiel marina; pero en aquel momento, dueños ya los traidores de los fuertes, amenazaron abrasar á San Julián y á sus buques. Entonces vióse obligado á huir con algunos oficiales y marineros; los demás fueron seducidos, sin saber exactamente lo que se pensaba hacer con ellos; el almirante Hood, que había vacilado largo tiempo, apareció al fin, y bajo el pretexto de tomar el puerto de Tolón en depósito, por cuenta de Luis XVII, recibió para incendiarle y destruirle.

Entretanto, no se había efectuado ningún movimiento en los Pirineos; en el Oeste se preparaban á ejecutar las medidas decretadas por la Convención.

Hemos dejado á todas las columnas de la alta Vendée reorganizándose en Angers, en Saumur y en Niort. En este intervalo se habían apoderado los vendeanos de los Puentes de Ce, y tanto temor inspiraban, que se declaró á Saumur en estado de sitio. La columna de Luçon y de Arenas era la única capaz de tomar la ofensiva, y mandábala el llamado Tunck, uno de los generales que se consideraba como perteneciente á la aristocracia militar, y cuya destitución pedía Ronsin al ministerio. Con él se hallaban los dos representantes Bourdón del Oise y Goupilleau de Fontenay, animados de iguales disposiciones y opuestos á Ronsin y á Rossignol. Goupilleau sobre todo, nacido en el país, se inclinaba por sus relaciones de familia y de amistad á contemporizar con los habitantes, evitándoles los rigores que Ronsin y los suyos hubieran querido ejercer.

Los vendeanos, á quienes molestaba la columna de Luçon, resolvieron dirigir contra ella sus fuerzas, victoriosas por todas partes; querían sobre todo prestar auxilio á la división de Mr. de Roirand, que situada delante de Luçon y aislada entre los dos grandes ejércitos de la alta y baja Vendée, operaba sólo con sus recursos y necesitaba apoyo. En los primeros días de agosto, en efecto, destacaron alguna fuerza por la parte de Luçon, pero habiendo sido completamente rechazada por el general Tunck, resolvieron intentar un esfuerzo más decisivo: MM. d'Elbée, de Lescure, de Larochejacquelein y Charette se reunieron con cuarenta mil hombres, y el 14 de agosto presentáronse de nuevo en los alrededores de Luçon. Tunck no contaba sino con seis mil, y Mr. de Lescure, confiando en la superioridad del número, dió el funesto consejo de atacar en campo

abierto al ejército republicano. MM. de Lescure y Charette tomaron el mando de la izquierda, Mr. d'Elbée el del centro y Mr. de Larochejacquelein el de la derecha. Los primeros procedieron con gran vigor en la derecha; pero en el centro, obligados los vendeanos á batirse en la llanura contra tropas regulares, hubieron de vacilar; Mr. de Larochejacquelein, que equivocó el camino, no pudo llegar á tiempo hacia la izquierda; y el general Tunck, haciendo jugar entonces muy oportunamente su artillería ligera contra el centro vacilante, sembró el desorden, poniendo en fuga á los cuarenta mil vendeanos. Ningún suceso había sido tan fatal para estos últimos, pues perdieron toda su artillería, volviendo á penetrar en el país consternados.

En aquel momento llegaba la destitución del general Tunck pedida por Ronsin. Indignados Bourdón y Goupilleau, conserváronle en el mando, escribieron á la Convención para que se revocase la orden del ministro, y elevaron nuevas quejas contra el partido desorganizador de Saumur, diciendo que sembraba la confusión al querer reemplazar á todos los generales instruidos por ignorantes demagogos. En este momento llegó á Luçon Rossignol, que inspeccionaba las diversas columnas de su mando: su entrevista con Tunck, Goupilleau y Bourdón se redujo á un cambio de reconvenciones; y á pesar de las dos victorias, quedó descontento de que se hubiese empeñado combate contra su voluntad, pues pensaba, y con razón, que se debía evitar todo encuentro antes de la reorganización general de los diversos ejércitos. Separáronse al fin, é inmediatamente después, habiendo sabido Bourdón y Goupilleau que Rossignol acababa de ejercer algunos actos de rigor en el país, tuvieron la osadía de tomar un acuerdo para destituirle. Los representantes que se hallaban en Saumur, Merlin, Bourbote, Choudieu y Rewbell, anularon el acuerdo de Goupilleau y Bourdón, reponiendo á Rossignol; sometiéndose el asunto á la Convención, y aquel quedó confirmado en su puesto. Mandóse llamar á Bourdón y Goupilleau y se suspendió á Tunck.

Tal era el estado de cosas cuando la guarnición de Maguncia llegó á la Vendée: tratábase de saber qué plan se adoptaría y por qué parte se haría operar á aquellos intrépidos soldados. La cuestión era saber si se agregarían al ejército de la Rochela, á las órdenes de Rossignol, ó al de Brest, al mando de Canclaux. Cada cual deseaba tener aquel ejército, porque debía decidir la victoria allí donde fuese. Estábase de acuerdo en adoptar contra el país un sistema de ataques simultáneos, que dirigidos desde todos los puntos de la circunferencia irían á parar al centro; pero como la columna que tuviera á los maguntinos debía tomar una ofensiva más determinada, rechazando á los vendeanos hasta las otras columnas, tratábase de saber en qué punto sería más útil ahuyentar al enemigo. Rossignol y los suyos opinaban que el mejor partido que podía tomarse era el de hacer marchar á los maguntinos por Saumur, para rechazar los vendeanos hasta el mar y el bajo Loira, donde se les aniquilaría completamente; alegaban que las columnas de Angers y de Saumur, demasiado débiles, necesitaban el apoyo de los maguntinos para obrar; que abandonadas á sí mismas, no les sería dado avanzar por campo abierto para dar la mano á las otras columnas de Niort y de Luçon; que no podían siquiera con-

tener á los vendeanos rechazados, ni tampoco impedir que se diseminasen en el interior; y por último, que haciendo avanzar á los maguntinos por Saumur, no se perdería tiempo, mientras que por Nantes les era preciso hacer un rodeo considerable perdiendo diez ó quince días. Á Canclaux le imponía, por el contrario, el peligro de dejar el mar libre para los vendeanos, pues acababa de señalarse una escuadra inglesa en las aguas del Oeste, y no se podía creer que los ingleses no intentasen bajar al Marais. Esta era entonces la idea general, y aunque fuese errónea, preocupaba á todos los ánimos. Sin embargo, los ingleses acababan apenas de enviar un emisario á la Vendée; llegó disfrazado, y preguntaba cuáles eran los nombres de los jefes, sus intenciones y su objeto preciso. ¡Hasta tal punto se ignoraban en Europa los acontecimientos interiores de Francia! Los vendeanos contestaron pidiendo dinero y municiones, y ofreciendo llevar cincuenta mil hombres al punto en que se quisiera efectuar un desembarco. Todo proyecto de este género estaba muy distante aún; pero en todas partes se creía que iba á realizarse muy pronto. Era preciso, pues, decía Canclaux, hacer que operasen los maguntinos por Nantes, cortar así á los vendeanos el paso hasta el mar, y rechazarlos hacia el país alto. Si se diseminaban en el interior, añadía Canclaux, quedarían bien pronto exterminados; y en cuanto al tiempo perdido, no era una consideración que debía hacerse valer, pues el ejército de Saumur se hallaba en tal estado, que no podría operar antes de diez ó doce días; ni aun con los maguntinos. No se daba la razón de que el ejército de Maguncia, acostumbrado ya al oficio de la guerra, se inclinaba á servir más bien con las gentes que le entendían, y prefería á Canclaux, general experto, que á Rossignol, general ignorante, y el ejército de Brest, afamado por hechos gloriosos, al de Saumur, conocido sólo por derrotas. Los representantes, afectos al partido de la disciplina, compartían también esta opinión, temiendo comprometer al ejército de Maguncia si lo colocaban en medio de los soldados jacobinos y los hombres desordenados de Saumur.

Philippeaux, el más ardiente adversario del partido Ronsin entre los representantes, marchó á París, y obtuvo un acuerdo del comité de salvación pública en favor del plan de Canclaux; Ronsin hizo revocar el acuerdo, y entonces se convino que un consejo de guerra decidiría en Saumur el empleo de las fuerzas. Celebróse el consejo el 12 de septiembre; hallábanse en él muchos representantes y generales, y los pareceres resultaron discordes. Rossignol, que tenía mucha fe en sus opiniones, ofreció á Canclaux confiarle el mando si permitía que operasen los maguntinos por Saumur; pero predominó el parecer de Canclaux; los maguntinos fueron agregados al ejército de Brest, y el principal ataque debió dirigirse desde la alta á la baja Vendée. Formóse el plan de campaña, y se prometió marchar, en un día dado, desde Saumur, Nantes, Arenas y Niort.

Reinaba el mayor entusiasmo en el partido de Saumur; Rossignol tenía ardimiento y buena fe, pero faltábale instrucción y salud; y aunque francamente leal, era incapaz de servir de una manera útil. La decisión adoptada produjo en él menos resentimiento que en sus mismos partidarios, tales como Ronsin, Momoro y todos los agentes ministeriales: éstos escribieron al punto á

París para quejarse del mal partido que se acababa de tomar, de las calumnias difundidas contra los generales descamisados, de las prevenciones que se acababan de inspirar al ejército de Maguncia; y demostraron así disposiciones por las cuales no debía esperarse de su parte gran celo para secundar el plan convenido en Saumur. Ronsin llevó su mala voluntad hasta el punto de interrumpir las distribuciones de víveres hechas al ejército de Maguncia, bajo el pretexto de que este cuerpo, pasando del ejército de la Rochela al de Brest, debía ser abastecido por los administradores de esta última localidad. Los maguntinos partieron al punto para Nantes, y Canclaux dispuso todas las cosas á fin de ejecutar el plan convenido en los primeros días de septiembre.

Tal había sido la marcha general de los sucesos en los diversos teatros de la guerra durante los meses de agosto y septiembre. Debemos seguir ahora las grandes operaciones que sucedieron á estos preparativos.

El duque de York había llegado á la vista de Dunkerque con veintidós mil ingleses y hannoverianos, y doce mil austriacos; el mariscal Freytag en Ost-Capelle con diez y seis mil hombres, y el príncipe de Orange en Menín con quince mil holandeses. Estos dos últimos cuerpos de ejército se hallaban situados allí como de observación, y el resto de los coligados, dispersos alrededor de Quesnoy y hasta el Mosela, elevábase á unos cien mil hombres; ciento sesenta ó ciento setenta mil se habían distribuido en aquella inmensa línea, donde se ocupaban en poner sitios y guardar todos los pasos. Carnot, que comenzaba á dirigir las operaciones de los franceses, había entrevisto ya que no se trataba de batallar en todos los puntos, sino de emplear oportunamente una fuerza en un punto decisivo; y por lo tanto aconsejó que se trasladaran treinta y cinco mil hombres desde el Mosela y el Rhin al Norte. Adoptóse su parecer; mas sólo pudieron llegar doce mil á Flandes. Sin embargo, con este refuerzo y los diversos campamentos situados en Gavrelle, Lila y Cassel, los franceses hubieran podido formar un ejército de sesenta mil hombres, y gracias á la dispersión del enemigo, alcanzar grandes ventajas: para convencerse de ello, bastará una ojeada sobre el teatro de la guerra. Siguiendo la costa de Flandes para entrar en Francia, encuéntrase Furnes primeramente, y después Dunkerque; estas dos ciudades, bañadas en un lado por el Océano y en el otro por los inmensos pantanos del Gran Moër, sólo pueden comunicarse entre sí por una estrecha lengua de tierra. El duque de York, llegando por Furnes, que es la primera que se encuentra, se había situado en dicha lengua de tierra entre el Gran Moër y el Océano para sitiar á Dunkerque. El cuerpo de observación de Freytag no se había establecido, en Furnes de modo que pudiera proteger las espaldas al ejército sitiador; muy lejos de ello, hallábase bastante lejos de esta posición, más allá de los pantanos y de Dunkerque, de manera que pudiese interceptar los auxilios que llegaran del interior de Francia; los holandeses del príncipe de Orange, apostados en Menín, á tres jornadas de este punto, eran así completamente inútiles. Un ejército de sesenta mil hombres, marchando rápidamente entre los holandeses y Freytag, podía dirigirse á Furnes por detrás del duque de York, y maniobrando así entre los tres cuerpos ene-

migos, arrojar sucesivamente á Freytag, al duque de York y al príncipe de Orange. Para esto era necesario un ejército único y movimientos rápidos; pero entonces no se pensaba sino en avanzar de frente, oponiendo á cada destacamento otro semejante. Sin embargo, el comité de salvación pública había concebido poco más ó menos el plan de que hablamos, disponiendo que se formara un solo cuerpo y marchara sobre Furnes. Houchard tuvo un momento esta idea, mas no se fijó en ella, pensando sencillamente en marchar contra Freytag para obligarle á replegarse á espaldas del duque de York, tratando después de entorpecer el sitio.

Mientras que Houchard apresuraba sus preparativos, Dunkerque oponía una vigorosa resistencia: el general Souham, secundado por el joven Hoche, que se condujo en aquel sitio de una manera heroica, había rechazado ya varios ataques. Los sitiadores no podían abrir fácilmente la trinchera en un terreno arenoso, en cuyo fondo se encontraba el agua á sólo tres pies de profundidad. La flotilla que debía bajar por el Támesis para bombardear la plaza no llegaba, mientras que una escuadrilla francesa, salida de Dunkerque, y anclada en la orilla, hostigaba á los sitiadores, encerrados en su estrecha lengua de tierra, sin agua potable y expuestos á todos los peligros. Era cuestión de apresurarse y descargar golpes decisivos. Habían llegado los últimos días de agosto, y según el uso de la antigua táctica, Houchard comenzó por una demostración sobre Menín, que sólo condujo á un combate sangriento é inútil. Después de haber dado esta alarma preliminar, avanzó siguiendo varios caminos hacia la línea del Iser, pequeña corriente que le separaba del cuerpo de observación de Freytag; en vez de ir á situarse entre aquél y el cuerpo de sitio, confió á Hedouville el cuidado de marchar sobre Rousbrugge para inquietar sólo la retirada de Freytag sobre Furnes, y fué él mismo á dar de frente sobre Freytag, marchando con todo su ejército por Houtkercke, Herseele y Bambeke. Freytag había dispuesto su cuerpo de ejército en una línea bastante extensa, y sólo tenía una parte de él á su alrededor cuando recibió el primer choque de Houchard. Resistió en Herseele; pero después de un combate bastante reñido, vióse precisado á repasar el Iser, replegándose sobre Bambeke, y después á Rexpoede y Killem. Retrocediendo de esta suerte hasta la otra parte de Iser, dejaba comprometidas sus alas por vanguardia: la división Walmoden se encontró lejos de él á su derecha, y su propia retirada veíase amenazada hacia Rousbrugge por Hedouville.

Freytag quiere entonces marchar aquel mismo día hacia adelante y recobrar á Rexpoede, á fin de unirse con la división de Walmoden. Llega á dicho punto en el momento en que entran los franceses; trábase un reñido combate, y Freytag cae herido y prisionero. Sin embargo, declinaba ya el día; Houchard, temiendo un ataque nocturno, se retira fuera de la ciudad, y sólo deja en ella tres batallones. Walmoden, que se replegaba con su división comprometida, llega en aquel momento, y resuelve atacar vivamente á Rexpoede, á fin de abrirse paso; empéñase una sangrienta lucha en medio de la noche; el camino queda expedito y Freytag libre, y el enemigo se retira en masa al pueblo de Hondschoote. Situado contra el Gran Moër y en el camino de Furnes, este pueblo era uno de los puntos por donde se debía

pasar al retirarse sobre Furnes. Houchard había renunciado á la idea esencial de maniobrar hacia Furnes, entre el cuerpo de sitio y el de observación, y por lo tanto no le quedaba más recurso que atacar siempre de frente al mariscal Freytag, cayendo sobre el pueblo de Hondschoote. El día 7 se pasó observando las posiciones del enemigo, defendidas por una considerable artillería, y el 8 se resolvió el ataque decisivo. Por la mañana avanza el ejército francés sobre toda la línea para atacar de frente; el ala derecha, á las órdenes de Hedouville, se extiende entre Killem y Beveren; el centro, mandado

y resultado replegar el cuerpo de observación á retaguardia del de sitio, siguiendo una marcha directa. El último combate dió su nombre á esta operación, y la batalla de Hondschoote fué considerada como la salvación de Dunkerque. Esta operación, en efecto, rompía la prolongada cadena de nuestros reveses en el Norte, haciendo sufrir un descalabro personal á los ingleses; frustraba además su esperanza más querida, salvaba á la república de la desgracia que le hubiera sido más sensible, y prestaba gran aliento á Francia.

La victoria de Hondschoote produjo en París la ma-



El príncipe de Orange

por Jourdan, marcha directamente desde Killem sobre Hondschoote; y la izquierda ataca entre Killem y el canal de Furnes. La acción se empeña en los sotos que cubrían el centro, y de una parte y otra se dirige la mayor parte de las fuerzas á este mismo punto. Los franceses vuelven varias veces al ataque de las posiciones, y al fin se hacen dueños de ellas; mientras triunfan en el centro, los atrincheramientos son tomados en la derecha, y el enemigo se resuelve á retirarse sobre Furnes por los caminos de Houthem y de Hoghestade.

Mientras ocurrían estos sucesos en Hondschoote, la guarnición de Dunkerque, conducida por Hoche, hacía una salida vigorosa, poniendo á los sitiadores en el mayor peligro. Al día siguiente del combate celebraron éstos un consejo de guerra, y reconociendo que estaban amenazados por detrás, y en vista de que no llegaban los armamentos marítimos que debían servir para bombardear la plaza, resolvieron levantar el sitio y retirarse á Furnes, donde acababa de llegar Freytag, reuniéndose allí todos en la noche del 9 de septiembre. Tales fueron aquellas tres jornadas, que tuvieron por objeto

por alegría, inspiró más ardimiento á toda la juventud é hizo esperar que nuestro vigor podría ser feliz. Poco importan, en efecto, los reveses siempre que alterne con ellos el éxito, devolviendo al vencido el valor y la esperanza. La alternativa no hace más que aumentar la energía, exaltando el entusiasmo de la resistencia.

Mientras que el duque de York marchaba á Dunkerque, Coburgo había resuelto el ataque de Quesnoy. Esta plaza carecía de todos los medios necesarios para su defensa, y Coburgo la estrechaba muy de cerca. El comité de salvación pública, cuidando de esta parte de la frontera tanto como de las otras, dispuso en el acto que saliesen algunas columnas de Landrecies, Cambrai y Maubeuge. Desgraciadamente no pudieron operar al mismo tiempo: la una quedó encerrada en Landrecies, y la otra, cercada en la llanura de Avesnes, formó cuadro y sufrió una derrota después de una resistencia de las más honrosas. Por último, Quesnoy hubo de capitular en 11 de septiembre; pero esta pérdida era poca cosa, comparada con la liberación de Dunkerque, por más que acibarase la alegría producida por este acontecimiento.